

8.- CULTIVA LA BONDAD DEL CORAZÓN

La bondad en las palabras crea la confianza.

La bondad en el pensar crea la profundidad.

La bondad en el dar crea el amor.

La bondad y la belleza están en la sencillez y no en el bienestar.

La bondad perfecciona a la persona porque sabe dar y darse sin temor a verse defraudado, transmitiendo aliento y entusiasmo a quienes le rodean.

En ocasiones el concepto de bondad es confundido con el de debilidad. A nadie le gusta ser "el tonto" de la oficina, de quien todo el mundo se aprovecha. Bondad es exactamente lo contrario, es la fortaleza que tiene quien sabe controlar su carácter, sus pasiones y sus arranques para convertirlos en mansedumbre.

La bondad es una inclinación natural a hacer el bien, con una profunda comprensión de las personas y sus necesidades, siempre paciente y con ánimo equilibrado. Este valor, por consiguiente, desarrolla en cada persona la disposición para agrandar y complacer en su justa medida a todas las personas y en todo momento.

¿En qué momentos nos alejamos de una actitud bondadosa? Es muy sencillo apreciarlo en las actitudes agresivas que se adoptan con los malos modales; en la manera de hablar, a veces con palabras altisonantes o groseras, con la razón de nuestra parte o sin ella; la indiferencia que manifestamos ante las preocupaciones o inquietudes que tienen los demás, juzgándolas de poca importancia o como consecuencia de su falta de entendimiento y habilidad para resolver sus problemas.

¡Qué equivocados estamos al considerarnos superiores! Al hacerlo, nos convertimos en seres realmente incapaces de escuchar con interés y tratar con amabilidad a todos los que acuden a nosotros buscando un consejo, una luz, una solución.

Equivocadamente, nuestro ego puede regocijarse cuando alguien comete un error a pesar de las advertencias, casi saboreando aquellas palabras de: "no quiero decir, te lo dije, pero... te lo dije", y nos empeñamos en poner "el dedo en la llaga", insistiendo en demostrar lo sa-

bios que son nuestros consejos; seguramente todo esto esté sobrando, pues la persona ya tiene suficiente con haber reconocido su error y quizá en ese momento esté afrontando las consecuencias.

La bondad no se detiene a buscar las causas, sino a comprender las circunstancias que han puesto a la persona en la situación actual, sin esperar explicaciones ni justificación, y en procurar el encontrar los medios para que no ocurra nuevamente.

La bondad tiene tendencia a ver lo bueno de los demás, no por haberlo comprobado, sino porque evita enjuiciar las actitudes de los demás bajo su punto de vista, además de ser capaz de "sentir", de alguna manera, lo que otros sienten, haciéndose solidario al ofrecer soluciones.

Una persona con el ánimo de "exaltar" su bondad, puede subrayar constantemente "lo bueno que ha sido", "todo lo que ha hecho por su familia", "cuánto se ha preocupado por los demás" y eso por supuesto no es bondad. La bondad es generosa y no espera nada a cambio. No necesitamos hacer propaganda de nuestra bondad, porque entonces pierde su valor y su esencia. El hacernos pasar por incomprensidos a costa de mostrar lo malos e injustos que son los demás, denota un gran egoísmo. La bondad no tiene medida, es desinteresada, por lo que jamás espera retribución. Podemos añadir que nuestro actuar debe ir acompañado de un verdadero deseo de servir, evitando hacer las cosas para quedar bien... para que se hable bien de nosotros.

El ser bondadoso tampoco equivale a ser blando, condescendiente con la injusticia, o indiferente ante lo que está bien o está mal en las actitudes y palabras de quienes nos rodean; por el contrario, sigue siendo enérgico y exigente, sin dejar de ser comprensivo y amable. Del mismo modo, jamás responde con insultos y desprecio ante quienes así lo tratan; por el dominio que tiene sobre su persona, procura comportarse educadamente a pesar del ambiente adverso.

La bondad, como hemos visto, va más lejos de hacer un simple ofrecimiento de cosas materiales en condiciones precarias. Para fomentar este valor en nuestra vida podemos considerar que debemos:

- 1.- Sonreír siempre
- 2.- Evitar ser pesimistas: ver lo bueno y positivo de las personas y circunstancias
- 3.- Tratar a los demás como quisiéramos que nos trataran: con amabilidad, educación y respeto.

4.- Corresponder a la confianza y buena fe que se deposita en nosotros.

5.- Ante la necesidad de llamar fuertemente la atención (a los hijos, un subalterno, etc.), hacer a un lado el disgusto, la molestia y el deseo de hacerse sentir mal al interesado, buscando con nuestra actitud su mejora y aprendizaje.

6.- Visitar a nuestros amigos: especialmente a los que están enfermos, los que sufren un fracaso económico o aquellos que se ven afectados en sus relaciones familiares.

7.- Procurar dar ayuda a los menesterosos, sea con trabajo o económicamente.

8.- Servir desinteresadamente.

El valor de la bondad perfecciona a la persona que lo posee porque sus palabras están cargadas de aliento y entusiasmo, facilitando la comunicación amable y sencilla; sabe dar y darse sin temor a verse defraudado; y sobre todo, tiene la capacidad de comprender y ayudar a los demás olvidándose de sí mismo.



LA BONDAD BROTA DEL CORAZÓN

Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón (Mt.11,29).

Jesucristo, la única vez que se propone como modelo, de modo literal y directo, se llama a sí mismo **manso y humilde**. Es, pues, sumamente importante captar el significado del adjetivo manso, en el griego del Antiguo Testamento y en el extrabíblico.

En la versión griega del Antiguo Testamento, el término hebreo *anawim* (literalmente, inclinados, postergados) no se traduce únicamente por pobres, sino también por suaves, dulces, mansos, buenos de corazón. San Mateo debió tener delante el v.11 del salmo 37 al escribir su bienaventuranza de los mansos. El autor del salmo, pretende apaciguar a los judíos piadosos que se escandalizan del hecho de que los malhechores viven con bienestar y prosperidad, mientras que los justos (los buenos según Dios), son víctimas de toda clase de adversidades y miserias: *Desiste de la cólera, renuncia al enojo, no te acalores, que es peor, pues los malos serán extirpados, y quien espera en Yahvé poseerá la tierra. Un poco más y el impío ya no será, le buscarás en su lugar y no estará. Los mansos poseerán la tierra y gozarán de gran paz+ (Sal.37,8-11).

La Biblia griega, los LXX, traduce este término por *los mansos, los dulces+. Esta traducción resalta uno de los aspectos del concepto de Apobre@ subrayando el hecho de que el pobre no se irrita, no se escandaliza viendo el éxito de los injustos, no piensa mal, todo lo echa a buena parte, porque todo lo espera de Dios que dará a cada uno según la bondad atesorada en su corazón.

En el griego literario y popular el término indica la idea de dulzura. Para Aristóteles en su *Ética*, “el dulce” es el imperturbable, el que se sitúa en un estado moral medio entre la ira excesiva y la total insensibilidad.

En la literatura rabínica dice el Sabbat 21: *Sé siempre dulce, humilde y, se da preferencia a la escuela de Hillel, que se caracterizó por su mansedumbre, sobre la escuela de Sammay, cuya nota característica era la dureza.

Un ejemplo característico de mansedumbre lo tenemos en el caso de Moisés *que era un hombre extremadamente dulce, más que hombre alguno sobre la faz de la tierra+ (Núm.12,3). María y Aarón murmuraron contra Moisés por haberse casado con una cusita. Pero el dulce Moisés no hace caso, ni se defiende contra eso. El Señor mismo debe

intervenir para proteger a Moisés contra María y Aarón. Yahvé convoca a los culpables en la tienda del encuentro y, para corregirlos castiga a María con la lepra. Entonces Moisés pone en evidencia la dulzura que brota de su corazón e intercede por María suplicando al Señor que la cure. Ante la injusticia, de la que es víctima, Moisés permanece paciente, dulce y bondadoso.

En el libro del Eclesiástico, se valora la mansedumbre (Eclo.1,27), y se manda responder al saludo de paz con dulzura (Eclo.4,8), donde se dice que el que tenga una esposa con ternura y mansedumbre en los labios, será el marido más dichoso de los hombres (Eclo.6,23). Al hacer el elogio de Moisés, escribe que *Dios lo eligió entre toda carne y en su fidelidad y dulzura lo santificó+ (Eclo.45,4).

En esta misma línea se utiliza el término en el Nuevo Testamento. En la primera carta de San Pedro (1Pt.3,4) se exalta el espíritu dulce como el principal adorno de la mujer. En 1Cor.4,21, el apóstol habla de la conveniencia de alternar la dureza del palo con el espíritu de mansedumbre y bondad; el buen maestro utiliza ambas cosas según convenga en las distintas circunstancias o según el modo de ser de los individuos.

La mansedumbre, en Gál.5,23, es uno de los frutos del Espíritu y cuando se exhorta a vivir sinceramente la fe cristiana se suele asociar a la humildad y la dulzura. Así en Col.3,12 leemos: *Revestíos, como elegidos de Dios, de entrañas de misericordia, de bondad, humildad, mansedumbre y, paciencia...+. La humildad, suele unirse con la mansedumbre y, a veces, también con la paciencia, la finura y la delicadeza en el trato. Así se afirma en Ef.4,2: *con toda humildad, mansedumbre y paciencia+; o en Gál.6,1: *con espíritu de mansedumbre, corregidle+; así hay que corregir siempre para que la corrección sea eficaz con equilibrio y mansedumbre. San Pedro (1Pt.3,8) nos pide: *sed comprensivos, amaos como hermanos, sed misericordiosos, suaves y humildes+.

En uno de los primeros escritos cristianos que se nos han conservado fuera de la Biblia, la Didajé, se exhorta a los creyentes en el mismo sentido: *Hijo mío, muéstrate manso, ya que los mansos heredarán la tierra. Se paciente en el sufrimiento, misericordioso, sin engaño, sencillo y bueno, y ten siempre reverencia a las palabras que has escuchado+ (3,6).

Esta fue la explicación que se dio a la bienaventuranza de los man-

sos de San Mateo. Se trata de gentes que no se irritan, cuando son contrariados; que no se encolerizan, cuando se les hace la vida difícil; que no son inclinados a querellarse y mantienen su equilibrio en situaciones de conflicto. Los dulces irradian un calor atrayente y, a veces obtienen de los hombres cosas que éstos no harían jamás por otro. Un hombre manso de corazón es siempre dueño de sí, no intenta dominar, ni imponerse, y está siempre pronto a inclinarse y a humillarse ante los demás. Un hombre así es también para su prójimo fuente de bienaventuranza.

El adjetivo **humilde, manso, bueno** además de en 1Pt.3,4, aparece tres veces en San Mateo (5,4; 11,29; 21,5). Sabemos que el texto de San Mateo (21,5) es una cita del profeta Zacarías (9,9), y los estudiosos no se ponen de acuerdo a la hora de determinar qué clase de dulzura hay que atribuir al Mesías que montado en un pollino hace su entrada en Jerusalén. Algunos piensan que Zacarías habla de un Mesías pobre y humilde, insignificante a los ojos de los hombres. En verdad que el adjetivo está bien utilizado aplicado a Jesús y la cita de Zacarías es oportuna. La cuestión que hay que aclarar es determinar qué relación se debe establecer entre la dulzura atribuida a Jesucristo y la cabalgadura que él ha elegido.

El asno, usado como cabalgadura, en el contexto bíblico, no es una señal de pobreza, ni necesariamente de humildad. El asno se opone al caballo, la cabalgadura de los guerreros, como dice el mismo Zacarías a continuación: *El -Mesías montado en un asno- suprimirá los carros de Efraím y los caballos de Jerusalén; será suprimido el arco de combate y él proclamará la paz a las naciones+ (Zac.9,10). El Mesías, opuesto al rey guerrero, rehúsa la violencia y por eso debe ser considerado humilde y dulce de corazón.

En este mismo sentido emplea el evangelista Mateo cinco veces la expresión: “**ser movido a compasión**” (Mt.9,36; 14,14; 15,32; 18,27; 20,34) que puede iluminarnos para calar hondo en la descripción que se intenta hacer de Jesús considerando su *tierno corazón+ (Mt.11,29), retrato que nos muestra al mismo Jesús aplicándose el largo texto de Is.42,1-4: *No disputará, ni gritará, la caña cascada no la quebrará, ni apagará la mecha humeante+, donde se describe toda su mansedumbre y dulzura.

En este texto de Mt.12,18-21 se llama a Jesús el siervo de Yahvé y se subraya su actitud humilde, destacando que pertenece al núcleo esencial de su predicación la personificación de la mansedumbre acti-

va y sufriente del Señor.

Este “no disputar, ni gritar, el no quebrar la caña cascada, ni apagar la mecha humeante”, no es efecto de debilidad ni en Jesús ni en sus discípulos, sino la prueba principal de su fuerza soberana, de su amor al hombre, de la bondad de su corazón. El Maestro no se propuso vencer a nadie, sino atraer: “Si quieres... puedes seguirme”... Él, que pudo usarla, renuncia a toda clase de fuerza-coacción y opta por la mansedumbre-dulzura, como la nueva e irresistible fuerza que dimana de la verdad, de la justicia y del amor.

El evangelista ha querido designar con los términos pobre y humilde, una actitud de alma parecida a la que recomienda la bienaventuranza de los misericordiosos. Estudiando las dos enseñanzas y comparándolas, descubrimos que se complementan y aclaran mutuamente de forma que de la suma de sus enseñanzas deducimos una actitud espiritual muy provechosa.

Jesucristo, es el maestro dulce de corazón, no sólo porque se presente como modelo de los pequeñuelos o de los cansados y fatigados, sino porque ofrece alivio y descanso a éstos cuando están sobrecargados o apenados. Su actitud contrasta con la de los fariseos, que imponían cargas pesadas sobre los hombros de sus discípulos (Mt.23,4). Este rasgo es la característica del comportamiento del Señor con los suyos y, quizá, el haber puesto aquí Mateo antes manso que humilde (Mt.11,29) -lo contrario que en las bienaventuranzas (Mt.5,3.4)-, fue para poner el acento sobre esta cualidad y resaltar, de ese modo, la dulzura del corazón de Jesús y la virtud a cultivar con especial interés por sus discípulos.

Jesucristo no es un rabí severo, no hay que temer ser de sus discípulos. Sus mandamientos no son pesados para el que ama (1Jn.5,3). San Agustín comenta el texto diciendo: *En aquello que se ama o no se advierte el cansancio o se ama la misma fatiga+. El que está cimentado en el amor (Ef.3,17) recibe una fuerza que lo hace inmovible. Todavía hay personas que temen entregarse del todo a Dios porque piensan que su entrega significará un camino de cruz, dolor, humillaciones... Además de que estas cosas salpican más o menos la vida de todo hombre, sea piadoso o no, y aunque son caminos por los que Dios puede conducir la existencia de sus predilectos, por otra parte, no es necesariamente el único camino, ni para todos, en sus grados más extremos. Dios es amor, no podemos temer entregarnos al Amor, que si es exigente en la donación, compensa con creces en sus gracias.

Si Cristo se describe a sí mismo al proclamar las bienaventuranzas, hay que tener siempre presente, lo hemos dicho ya, que la única vez que se propone como modelo con palabras concretas, se presenta como **manso y humilde** de corazón. Luego, esta bienaventuranza de la mansedumbre, humildad, dulzura, finura, es la que más nos hace penetrar en la personalidad de nuestro Maestro y acercarnos a su intimidad.

Jesucristo es nuestro modelo (Mt.11,28-30): aprended de mí, dejados instruir por mí, venid a mi escuela y no temáis, los que estáis cansados y sobrecargados por llevar mi yugo, pues yo soy dulce y humilde de corazón. Las prescripciones del Maestro son garantía de que su enseñanza no contiene nada inútil que no sea indispensable.

En este sentido es interesante ver cómo el decreto de los apóstoles reunidos todos en Jerusalén, no impone a los creyentes más cargas que las imprescindibles (Act.15,28.29), interpretando las palabras de San Pedro que *no quiere poner sobre el cuello de los discípulos un yugo que ni nuestros padres, ni nosotros pudimos llevar+ (Act.15,10).

Jesucristo, al enseñarnos la dulzura y humildad de su corazón, nos da motivos para animarnos a seguirle aunque nos encontremos cansados. Las cualidades de un Maestro así, inspiran confianza.

LA MANSEDUMBRE, VIRTUD CRISTIANA

Frente a la dureza farisaica, Jesucristo se define como dulzura, alivio, refugio y fortaleza de las almas (Mt.11,29-30). En este texto queda determinado el aspecto fundamental de la naturaleza de la mansedumbre. Es, ante todo, humildad y bondad de corazón. La conjunción que une manso y humilde, bien podría sustituirse por el signo de igualdad: manso = humilde de corazón. Esta mansedumbre-humildad es descrita bellamente por San Pablo en su Carta a los colosenses: *Revestíos, pues, como elegidos de Dios, santos y amados, de sentimientos de compasión, de bondad, de humildad, de mansedumbre, de paciencia, soportándoos mutuamente y perdonándoos si alguno tiene queja de otro. Como el Señor os perdonó, así también vosotros. Y por encima de todo esto, revestíos de la caridad que es el vínculo de la perfección+ (3,12-14).

Santiago recomienda la dulzura que se opone a la cólera y a toda clase de disputas (1,19-21), y enseña que la verdadera sabiduría, opuesta a la envidia y a la ira, está impregnada de dulzura (3,13-17).

San Pablo une igualmente la dulzura con la bondad-benignidad (2Cor.10,1), y le pide a su discípulo Tito, que recuerde a los cristianos que sean apacibles -no pendencieros- y que muestren una perfecta mansedumbre con todos los hombres (Tit.3,2).

La unión de la mansedumbre con la paciencia, en todos estos textos apostólicos, nos da luz para profundizar en el término *prais* con la significación de pacífico, no violento, desprovisto de agresividad.

En realidad, en este sentido, la mansedumbre no es una virtud, sino un **complejo de virtudes**. Es una forma especial de humildad y de caridad que abarca la condescendencia, la indulgencia, la suavidad y la misma misericordia. Hablando, sin embargo, con todo rigor, es una virtud específicamente distinta, pero absolutamente inseparable (dentro del organismo de la vida sobrenatural) de las virtudes afines que se acaban de señalar.

La mansedumbre-dulzura de esta bienaventuranza es un aspecto de la humildad que se ejerce siendo amables en nuestras relaciones para con el prójimo. Tenemos en Jesús el modelo perfecto, que no grita ni quiebra la caña cascada (Mt.12,19-20) y que movido por la compasión con los desgraciados, proclama que Dios quiere más la misericordia que el sacrificio (Mt.9,13; 12,7). La virtud, manifestada en esta bienaventuranza, es la forma más delicada del amor, de la caridad que es paciente y servicial, que no es egoísta, que todo lo excusa, lo cree, lo espera y lo soporta (1Cor.13,4-7).

LA MANSEDUMBRE SIEMPRE PENETRADA DE FORTALEZA

La mansedumbre es antes que nada humildad de corazón, con todo su cortejo de virtudes. La suavidad es el sentido más sobresaliente y más perceptible de la misma. Pero la mansedumbre no es sólo suavidad. La verdadera mansedumbre, la cristiana, la que es reflejo de la de Cristo, está penetrada de fortaleza.

Suavidad y fortaleza, armonía divina de contrarios, vértice de convergencia de virtudes en equilibrio soberano. Virtud compleja y sublime la mansedumbre, que recuerda el modo *suave-fuerte+ divino, de obrar (Sab.8,1). Y esto, que se acaba de afirmar, no es pura especulación. Tratamos de la mansedumbre cristiana, resplandeciente en Cristo con todo su esplendor y en su plena perfección esencial. Él es verdaderamente suavidad y fortaleza. Pues es Cristo, en efecto, dulce

Señor y Juez indulgente quien pide: *Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen+ (Lc.23,34). Y es también la fortaleza de Dios, que fustiga el mal, la hipocresía farisaica (Mt.23) y la profanación del templo (Mt.21,12-17), la que se enfrenta con Pilato con una soberana dignidad (Jn.18,28-38), y ante el sanedrín responde con suavidad y fortaleza al criado que le hiere en la mejilla: *Si hablé mal, demuéstremelo, si bien, ¿por qué me pegas?+ (Jn.18,23). Abre su boca para lanzar un terrible anatema contra el escándalo, porque así se expresa la fortaleza de Dios (Mt.5,29-30; 18,6-7) en su comunicación con el hombre.

Suavidad y fortaleza, he ahí, pues, la mansedumbre cristiana. La mansedumbre de todo cristiano debe ser reflejo de aquella de Cristo. Pero encarnada esta virtud en el hombre caído, lógicamente ha de quedar modificada, lo mismo en la suavidad que en la fortaleza. Igual que su Maestro, el cristiano ha de soportar las injusticias, perdonar, comprender, compadecer. Y su indulgencia que se funda, a la vez, en el amor, como la de Jesús, encuentra nueva razón en su misma debilidad y en su propio pecado, para obligarse a perdonar y, así, ser perdonado él mismo por el Padre común “que está en los cielos”.

Su comprensión también se reforzará ante la triste y personal experiencia de la propia miseria. Como Cristo, el cristiano ha de tener mansedumbre tejida con la fortaleza, ha de resistir el mal, haciéndole frente con resuelta firmeza. Pero este frente, unido en Jesucristo que no conoció el pecado, “¿quién de vosotros me argüirá de pecado?” (Jn.8,46), se desdobra en el cristiano. El discípulo ha de emplear a fondo la fuerza de la mansedumbre frente a los enemigos de dentro, no sólo de fuera, para dominar en su propia tierra, para dominarse a sí mismo, comenzando de esta manera a establecer el reinado de Dios en su propia alma: “El reino de los cielos sufre violencia y los esforzados lo arrebatan” (Mt.11,12), “nadie que ponga la mano en el arado y mire atrás, es apto para el Reino de Dios” (Lc.9,62).

Nada común, pues, entre la mansedumbre y la debilidad de carácter, la cobardía o la inercia. No son mansos, según el evangelio, los débiles, los amorfos, los que no tienen personalidad o carecen de valor, los “pasotas”. Esta interpretación sería una calumniosa deformación de la mansedumbre cristiana, de toda auténtica suavidad que es fortaleza y heroísmo constante, escuela de martirio, voluntario, amoroso, escondido.

Dice santo Tomás de Aquino que “la mansedumbre pertenece al don de la fortaleza, pues, al decir de San Ambrosio, a la fortaleza le to-

ca vencer la ira y frenar la indignación” (II, q.69, a.3), y añade que se necesita más fortaleza para resistir que para atacar y, por eso, el martirio es el acto supremo de fortaleza y al mismo tiempo de mansedumbre (II-II. q.1,23. a 6).

Charles du Bos, comenta el texto paulino *cuando soy débil, soy fuerte+ y dice: *que la mansedumbre, en el acto de perdonar y de tener compasión puedan ser el atributo, el atributo máximo de la omnipotencia divina, es lo que constituye el valor altísimo, la maravilla de semejante texto. A primera vista, a una vista puramente humana, demasiado humana, puede parecer que el acto de perdonar, de tener compasión, y la misericordia misma, no requieren tanta fuerza; que son, ciertamente, actos valiosos en sí, pero pertenecientes a un orden más negativo que positivo, que, por buenos que sean en sí mismos, más que de una omnipotencia, pueden emanar de cierta debilidad o, al menos, ser compatibles con ella. Nada de esto, y, sin salir siquiera del dominio de la mirada humana, la experiencia nos ha enseñado pronto, que hace falta un máximo de fuerza para perdonar, para tener compasión, para perdonar verdaderamente, para ser verdaderamente dulce, manso, misericordioso+ (Möller. Literatura del s.XX y Cristianismo. Pg.482).

Nada más fácil que ser duro. La fuerza verdadera es la del hombre capaz de correr el riesgo de ser considerado débil, la del que tiene para todos, incluso para sí mismo, entrañas de misericordia. Para descubrir que ésta es la verdadera fortaleza, fue necesaria la venida de Jesucristo y lo que él mismo inspiró a San Pablo: *Cuando me siento débil, entonces soy fuerte+. El cristianismo ha creado el más indisoluble de todos los vínculos entre la debilidad y la fuerza, y, desde el cristianismo, una fuerza que no tenga consigo, que no contenga en sí esta debilidad, no es nada. Esto es lo que han intuido muchas almas de vida interior.

San Francisco de Sales fue uno de los santos que comprendió bien el sentido de la dulzura cristiana y lo plasmó en una frase breve: “Se cazan más moscas con una gota de miel que con un barril de vinagre”. La dulzura cristiana es una cualidad extraordinaria, que supone una gran fortaleza. Para perder el control y echarlo todo a rodar, no hay que ser fuertes, es muy fácil: hay que serlo, ciertamente para dominar nervios y emociones y mostrarse siempre afable.

Juan Pablo II nos dirá: “Manso es aquél que vive en Dios. No se trata de cobardía, sino de auténtico valor espiritual de quien sabe enfren-

tarse al mundo hostil, no con ira, ni violencia, sino con benignidad y amabilidad; venciendo el mal con el bien, buscando lo que une y no lo que divide, lo positivo y no lo negativo, para poseer así la tierra y construir en ella la civilización del amor” (A los jóvenes. 2-II-1985).

Manso es el que muestra con suavidad su fortaleza interior.

Luchar sin agresividad por un mundo más justo y más humano implica valentía y coraje. Se ha afirmado, en verdad, que el odio es una forma de cobardía y la violencia una forma de debilidad.

Lo contrario escribe F.Nietzsche: “Cuando los oprimidos, los pisoteados, los esclavizados, bajo el imperio de la astucia vindicativa, de la impotencia, dicen: 'Seamos lo contrario de los malos, es decir, buenos. Bueno es el que no ejerce violencia sobre nadie, el que no ofende, ni ataca, ni usa represalias y deja a Dios el cuidado de la venganza'...; todo esto quiere decir, en suma, escuchándolo fríamente y sin prejuicios: 'Nosotros los débiles somos decididamente débiles; por consiguiente haremos bien en no hacer todo aquello para lo cual no tengamos bastante fuerza'. Pero esta amarga comprobación... gracias a esta falsa moneda, a este imponente engaño de sí mismo, ha tomado la exterioridad pomposa de la virtud que sabe esperar” (Genealogía de la moral).

Sin embargo, la renuncia a la violencia, exige la mayor fortaleza y sólo los mansos ganan las grandes batallas. Recordando en la película “Gandhi” el momento cumbre del film, cuando la resistencia pasiva de aquel batallón de indios se deja machacar por los soldados del Reino Unido, quiero traer aquí otro ejemplo semejante que acaeció en los días de Jesús de Nazaret y que venció el poder del procurador Poncio Pilato. El prefecto de Judea quiso introducir en Jerusalén, el año 26 de nuestra era, imágenes del emperador, que para los judíos eran consideradas como ídolos. La población de Jerusalén se resistió. Narra Flavio Josefo que los judíos afluyeron a su residencia de Cesarea y durante cinco días con sus noches ininterrumpidamente estuvieron de rodillas sin moverse. Pilato hizo que fuesen a un estadio en que los recibió como juez. Pero hizo acordonar a los judíos manifestantes, por tres filas de soldados con las espadas desenvainadas. Mas los judíos se arrojaron al suelo compactamente como de común acuerdo, ofrecían sus cuellos y gritaban que estaban dispuestos a morir antes que quebrantar las leyes de sus padres. Profundamente admirado del ardor de su piedad, Pilato dio orden de alejar inmediatamente los estandartes de Jerusalén (Flavio Josefo: Guerra judía).

La mansedumbre es, pues, la actitud opuesta a la violencia y a la cólera. Los dulces poseerán la tierra, no por la fuerza de las armas, si-

no a base de paciencia. El distintivo de Yahvé expresado en muchos salmos, es el ser tardo a la cólera y grande en amor (Sal.145,8), y cuando hablamos de la definición de Dios en el Antiguo Testamento, hemos citado el texto fundamental del Éxodo (34,6), donde se afirma que es tardo a la ira y rico en amor y fidelidad.

Los mansos serán los dueños del mundo, pues *usando y gozando de las criaturas en pobreza y con libertad de espíritu, entran de veras en posesión del mundo, como quien nada tiene y es dueño de todo+ (GS, 37).

Cuanto más se manifiesta la grandeza de Dios, mayor ha de ser nuestra confianza. Dios siempre perdona porque es todopoderoso. Sólo los débiles no saben perdonar. Leemos en el libro de la Sabiduría “Te compadeces de todos porque todo lo puedes y disimulas los pecados de los hombres para que se arrepientan... Mas tú todo lo perdonas porque todo es tuyo, Señor que amas la vida” (11,23.26).

Para que Dios ejerza su misericordia nos exige una sola condición: ponerse en la cola de los pecadores, como hizo Jesús para recibir el bautismo de Juan el Bautista (Mc.1,19).

Del mismo modo que la omnipotencia de Dios es la mayor manifestación de su misericordia, así la mayor demostración de la fortaleza humana se da en la mansedumbre. Esta necesita una energía tan grande y tan superior que supone un don de lo alto.